

... de la poesía lírica y de la poesía épica. En el primer capítulo se trata de la poesía lírica, y en el segundo de la poesía épica. El autor analiza las características de cada una de ellas, y las relaciona con el estado de ánimo del poeta y con el momento histórico en que se escribió. El libro es una obra de gran interés para los amantes de la poesía y para los estudiosos de la literatura.



DE LA POESIA EPICA

Y DE LA

POESIA LIRICA

EN 1870.

... de la poesía lírica y de la poesía épica. En el primer capítulo se trata de la poesía lírica, y en el segundo de la poesía épica. El autor analiza las características de cada una de ellas, y las relaciona con el estado de ánimo del poeta y con el momento histórico en que se escribió. El libro es una obra de gran interés para los amantes de la poesía y para los estudiosos de la literatura.



PROGRESO EN DOS AÑOS.

Que es mi ánimo hacer aquí un estudio crítico del progreso literario de Méjico, en los dos últimos años, ni enumerar siquiera detenidamente los trabajos que se han dado á luz durante ese período. No lo primero, porque no me creo competente; ni lo segundo, porque las dimensiones de este mi artículo no lo permiten.

Trataré, sí, de hacer un ensayo sin pretensiones, y sólo con el objeto de emitir algunas ideas que creo útiles, reservándome escribir la reseña bibliográfica, detenida, de la época literaria, que comprenderá los años de 1869, 1870 y 1871, para más tarde, pues esto formará el asunto de otro volumen de *Revistas Literarias*, que agregaré al primero publicado en 1869.

Por ahora, bosquejaré á grandes rasgos, tratando de ser breve y preciso. ¿Han progresado las bellas letras en Méjico de tres años á esta parte? Tal es la cuestión que voy á resolver.

Y desde luego respondo afirmativamente, sin dejarme llevar de una *cándida* admiración; pero sin dar cabida tampoco en mi espíritu á injustas prevenciones, y sin tener, por último, exigencias intempestivas é igualmente candorosas, puesto que no emanan de una causa razonable.

Sí: han progresado las bellas letras en Méjico. No mucho, porque eran obstáculos para que así pudiera ser: Primero, la falta de protección de parte de un público poco lector. Segundo, la falta de elementos para estudiar y para publicar. Y tercero, la brevedad del tiempo, insuficiente para dar todavía esplendor á una literatura que renace hoy, y cuyos adelantos están indentificados con los de una generación nueva, puesto que la antigua trabaja poco.

Pero el adelanto, aunque pequeño, ha sido perceptible.

Reflexiónese con calma sobre los tres motivos que hemos indicado, y se verá que ellos han sido bastantes á hacer lento el progreso literario.

Rigurosamente hablando, no puede decirse que el desdén del público sea una cadena que retenga al *genio*, en el polvo de la impotencia.

No: el *genio*, águila poderosa y altiva, sabe romper con sus garras gigantescas esos lazos vulgares con que la mezquindad del mundo procura atar al pensamiento.

Así, Homero, viejo mendigo, á cuyos ojos el sol negaba su luz, pero cuya alma divina iluminaba la inspiración, supo dotar á esa Grecia ingrata, en cambio de su pan miserable, con la majestad del Olimpo, con la gloria de los héroes y con la inmortalidad de aquellos cantos eternos que sobrevivirán al desprestigio de las teogonías y á la ruina de los imperios.

Así, Dante, proscrito por sus compatriotas, ha podido hacer brotar de los abismos de su odio y de su pesadumbre, el rayo omnipotente que habia de iluminar la conciencia de su tiempo y admirar á los siglos futuros.

Así, aquel otro ciego, que como dice Byron, hizo la palabra *Miltónica* sinónimo de *sublime* y *que murió como había vivido*, el enemigo jurado de los tiranos: en el antro en que lo había relegado la ingratitud, se improvisó un trono, y desde él dominó la creación, y vió postrarse á sus piés, no sólo á su patria sino al mundo!

Así Cervantes, el pobre manco, desdeñado por los próceres y perseguido por la fortuna, creaba, en medio de la agonía de la miseria, el único tesoro que no podia ser arrebatado á la

vieja España, más valioso en verdad que la grandeza efímera de los reyes y que el orgullo imbecil de los nobles.

Así, por último, Camoens, el soldado también como Cervantes, y como él infortunado de jaba en su lecho de muerte en un hospital extranjero, como un legado inmenso á su patria, sus *Lusíadas*, el más bello monumento de la gloria portuguesa.

Así otros muchos muertos por la cicuta del desdén contemporáneo, y compensados con apoteosis tardíos, no han hallado obstáculos en la pobreza, en la envidia, en la postración; y abandonando con el pensamiento las esferas estrechas del mundo, han ido á grabar sus nombres en el cielo de la poesía.

Pero tal es el privilegio del genio y sólo del genio. Los talentos que no pueden aspirar á tal altura, ni se sienten con fuerzas divinas, se eclipsan en la prueba, en esa misma prueba que hace fulgurar más esplendente y más grande al predestinado para la sublimidad.

Y en Méjico el genio se envuelve aún en las sombras de lo invisible, ó no pertenece á la nueva generación.

Los que penetramos con timidez y dificultad en el sagrado recinto de la poesía y de la literatura, pertenecemos al vulgo de los mortales;

y apenas si podemos aspirar al carácter de segundones en la familia de los obreros del pensamiento.

Así es que para nosotros son cadenas pesadísimas, las que para los genios serían hilos de araña; el desaliento nos abate á veces, el desaliento, bebida emponzoñada, cuyo vaso de barro vil se rompe ante la mirada del genio, acostumbrado á libar el néctar de los inmortales en la copa mhyrrina de la fé.

Nosotros necesitamos, no los aplausos del mundo, sino la simpatía de nuestros compatriotas, su palabra que nos anime, su mano que nos salve de las ondas que amenazan sumergirnos en su seno.

No son las necesidades de la vida material las que nos detienen. Podemos hacernos superiores á ellas, ó atenderlas con el producto de un trabajo honrado, aunque extraño á la literatura. No buscamos tampoco el prohijamiento de los grandes. Nos sería insoportable la *dorada medianía* de Horacio, si habíamos de conseguirla en cambio de un himno á Mecenas; nos repugnarían las áulicas preeminencias de Virgilio, si habíamos de comprarlas poniendo á los pies de Augusto la sagrada lira del viejo cantor de los dioses.

No, de ninguna manera: nosotros creemos que sobre el sombrero del lacayo, no puede colocarse ni la más triste corona de poeta.

¡Somos la generación de la República; y ya sea que cantemos la libertad, el amor ó las glorias del pueblo, preferimos en todo caso conservar nuestra miseria, con tal de salvar nuestra independencia austera y salvaje!

No puede acusárenos, por lo mismo, de pretender protecciones inútiles y perjudiciales seguramente para la libertad del pensamiento. Pero desear que en nuestro país sean vistos con interés los progresos de la literatura, es patriótico, es razonable, y tiende á dar lustre á nuestra civilización, y á hacerla digna del aprecio de las naciones.

Ahora bien; este interés ha faltado. Nos quejaríamos injustamente si dijéramos que no ha venido en nuestra ayuda siempre, y con la mejor voluntad, un círculo lleno de inteligencia y de patriotismo. No, él ha sostenido nuestras publicaciones diversas, y ha animado á la juventud con su benevolencia y aun con su aplauso.

Pero esto no era bastante, porque tampoco las tareas progresistas de los literatos debían circunscribirse á los límites demasiado estrechos de publicaciones hebdomadarias y heterogéneas por su naturaleza. Esto no puede servir mas

que como principio, como foco, como registro.

La literatura tiene una misión más alta, misión que debe comenzar desde enseñar á leer al pueblo, hasta remontarse á las sublimes esferas de la epopeya, de la filosofía y de la historia.

Y para tan importantes empresas, el esfuerzo individual solo, es las más veces impotente; necesita de la cooperación social y no la hemos tenido; no culpamos por ello á nadie. Demasiado comprendemos que es un mal inherente á nuestro carácter y á nuestra situación especial.

Como la mayoría del pueblo mejicano no sabe leer, sólo queda una minoría reducidísima para quien la letra no es un signo mudo. De esta minoría hay que rebajar noventa y nueve partes, unas porque se contentan con lo aprendido en la escuela, otras porque sólo leen lo indispensable para vivir en el mundo de los negocios, otras porque tienen miedo á otra lectura que no sea la rutinaria, y las más veces porque no cuentan ni con los recursos miserables que se necesitan para comprar un libro.

¡La centésima parte de esa minoría es, pues, la única que sostiene las publicaciones!

¡Triste confesión; pero la Estadística nos la revela con su verdad inflexible!

Así es que en Literatura, como en Política, como en Agricultura, como en Moral, nos en-

contramos siempre obstruido el ancho camino del progreso con la pesada mole de la ignorancia popular.

No hay, pues, que sorprenderse de nuestro atraso literario. Él es hijo del tiempo, y no podrá remediarse sino con la propagación de la enseñanza.

Por eso el pueblo de los Estados-Unidos, á quien se creía apto sólo para el progreso material, ó al menos consagrado exclusivamente á él, nos presenta su cielo literario, alumbrado ayer sólo por cuatro ó cinco estrellas, iluminado hoy por constelaciones inmensas, esplendorosas y admirables. Dejando los astros de las ciencias, que son numerosísimos, nos presenta en la oratoria nombres como los de Henry, Lee, Drayton, Warren, Randolph, Madison, Hamilton, Adams, Clay, Calhoun, Webster, Story, Hayne, Wheaton; en la pedagogía un Emerson, entre otros; en la historia á Motley, Bancroft, Prescott, Irving; en la crítica literaria á Ticknor; en la poesía á Bryant, á Longfellow, patriarcas de una familia de bardos numerosa; en la novela, á Cooper y á infinitos que hoy mismo publican sus creaciones en los mil y un periódicos ilustrados de esa nación, ó en volúmenes separados.

La imprenta, de una fecundidad sin igual en

los Estados-Unidos, populariza las creaciones de la juventud, y la estimación de un pueblo inteligente y poderosa recompensa los afanes del talento.

Verdad es que en ese país dichoso las masas saben leer, gustan de leer y tienen con que comprar libros.

Pero aun dejando esa comparación desventajosa para nosotros por mil motivos, nos es triste decirlo, pero quizá no podríamos tampoco sostener un paralelo en adelantos literarios con algunas repúblicas latino-americanas. Si en éstas los autores son menos numerosos, sus obras han alcanzado seguramente una justa reputación, que en vano se les disputaría; de manera que puede decirse que sus producciones valen *nou numero, sed pondere*.

Sobre todo, han logrado una gran cosa: echar los cimientos de una literatura nacional, dando á ésta un carácter esencialmente indígena, de una originalidad indisputable.

Más adelante podré demostrarlo

Por eso hay que tener en cuenta otras causas que, con las anteriores, han impedido la marcha rápida de la literatura. Las indicaremos por orden.

DE LA POESIA LIRICA.

La primera de estas últimas causas, debemos decirlo con entera franqueza es la propensión á imitar.

Este no es un defecto exclusivo de nuestro actual generación literaria; es un vicio hereditario, es una manía adquirida en el colegio, ó inspirada por consejeros poco ilustrados ó metuculosos.

En las épocas literarias anteriores á la nuestra, los poetas y literatos que con el más ardiente entusiasmo se reunieron para aconsejarse mutuamente, inspirados por viejos preceptistas, ó demasiado tímidos para lanzarse en alas de la inspiración hasta las regiones vírgenes de la criminalidad, se precipitaron en la senda trillada de la imitación servil, que no ofreció espacio á su energía, que inutilizó su aliento, y que pronto acabó con su ardor juvenil.

Muy pocos se salvaron de este peligro, y esos pocos, que disfrutaban hoy de un merecido renombre, se hicieron entonces objeto de la saña de los preceptistas y el blanco de la sátira y del desprecio. Dominó en esa primera escuela

el fanatismo pueril por la forma, con grave perjuicio de la idea. El templo de las Musas se convirtió en un Peripato, y los sectarios de Aristóteles tuvieron la triste satisfacción de extender la influencia de sus doctrinas de la Universidad á la Academia literaria, y las reglas se enredaron como harapos á las cuerdas de la lira.

Desde entonces, como sucede siempre en casos semejantes, la Literatura, que había comenzado á andar vigorosa, dió un paso atrás desconsolador, y hubo un período en que todo permaneció estacionario. El talento gemía aprisionado en las garras de la crítica mezquina.

A esa sazón, en la América del Sur la bella literatura se lanzaba majestuosa como el cóndor de los Andes, á las profundidades del cielo. ¡Ah! pero en la América del Sur no había ruines Aristarcos.

Allí el ilustre Andrés Bello, talento clásico si los hubo, sabio eminente y heredero de las purísimas tradiciones de la Grecia y de Roma, fué el patriarca dulce, noble y grande, en derredor del cual se agrupó una larga familia de jóvenes bardos, los Píndaros, los Tirteos, los Teócritos, los Lucrecios y los Tibulos de la futura poesía americana.

Andrés Bello, apasionado de la forma correcta, vigoroso, porque había bebido en las linfas poderosas de las fuentes helénicas, no apagó con palabras severas, ni sarcásticas, ni imperiosas, la luz que veía irradiar en la frente de sus jóvenes discípulos. Lejos de eso, los animó, los patrocinó, se constituyó su admirador; y en lugar de agobiarlos con reglas, en vez de espantarlos con el enorme pergamino que contenía los cánones de Aristóteles, ó lo que es peor aún, con las disertaciones de los abates pedantes y de los críticos biliosos, se contentó con enseñarles, como la única fuente de inspiración, el cielo de la América, que se extendía como un pabellón azul inmenso sobre sus cabezas, radiante con el divino sol de los Incás, adornado á trechos por las blancas nubes, guirnalda de las cordilleras; se contentó con señalarles las masas inmensas de los Andes vestidas con su oscuro manto de pinos y con sus eternas nieves; se contentó con extender á su vista la alfombra inmensa de las Pampas silenciosas, esmaltadas de flores, ó cruzadas á lo lejos por las toradas lentas ó por las veloces caballadas salvajes; después los colocó al borde de los precipicios pavorosos que dividen la cadena de las montañas, ó los hizo admirar la magnificencia de los cien ríos caudalosos que descienden como serpientes de plata de las

negras alturas de las sierras, y que van espumantes á tributar sus aguas poderosas al seno de los dos Océanos. Por último, llevándolos á las riberas del mar, á esas mismas riberas en que el genio de las soledades, guardias de las riquezas americanas, había visto llegar otra vez en una nave dirigida por piratas, á la civilización del viejo mundo, peregrina, pérfida y cruel, que debía dentro de poco ensangrentar el suelo de los hijos del sol; á esas mismas riberas en que la ciencia moderna, dulce, noble y humanitaria, se había sentado á meditar con Humboldt y Bonpland; allí Bello, el apóstol de la literatura y de la Filosofía, hizo que sus discípulos hundiesen la mirada en las aguas profundas, para sacar de ellas el rayo inspirador.

Así aquel maestro hizo nacer la literatura sudamericana,

Por eso sus discípulos, á semejanza de los griegos, cantan siempre sus mares, sus montañas, su cielo, su sol, sus flores, sus pampas y sus vírgenes. Cantan á su patria, cantan su libertad.

Sus cantos tienen la originalidad imponente y grandiosa de los poemas primitivos; se exhala de ellos un perfume de florestas vivificante; tienen los majestuosos acentos del Océano; respiran la calma misteriosa de las noches del desierto; truenan á veces como el rayo; murmuran otras

con el dulce susurro del arroyo que se desliza en la pradera, ó del céfiro que juega en los floridos pliegues de las colinas.

¡Es la poesía de la Grecia con toda la gracia virginal de la América! Es el acento de Píndaro, no apagado entre los ruidos del circo de Olimpia, sino repetido, acompañado por los ecos inmensos de nuestros bosques silenciosos.

Tal es la poesía en la América del Sur; tales son los cantos sublimes de Olmedo, de Bello, de Madrid, de Luca de Varel, de Juan Carlos Gómez, de José Mármol, de Pardo Aliaga, de Abigail Lozano, de Arboleda y de Esteban Echeverría.

Y preguntemos: ¿han seguido acaso estas eminentes las reglas de los preceptistas? ¿Han conservado las ligaduras del idioma? ¿Han colocado su inspiración en el lecho de púas de la gramática? ¡Qué pregunta!

La América del Sur no tendría más poetas que Bello, Olmedo y Madrid, si tal hubiera sucedido. Esos gigantes que se llaman Juan Carlos Gómez y José Mármol, serían enanos. Ni la América habría escuchado atónita el canto *A la Libertad* del primero, ni *El Peregrino* y el apóstrofe *A Rosas*, del segundo.

Garcilaso y Villegas se habrían trasladado á las faldas de los Andes para enseñar sus églo-

gas y suspirar sus madrigalitos; Góngora también, colono de culteranismo, habría llevado el semillero del *Polifemo* y de las *Soledades*; el Manzanares ridículo habría hecho olvidar las majestuosas corrientes del Amazonas, del Orinoco, del Plata y Rimac, y á poco habríamos tenido allí al pie de los Andes americanos, en la región de las tempestades; allí, al pie del Chimborazo, la región del fuego y del bramido; allí en las pampas, la tierra del sol y de la libertad, una nueva familia de zagales y pastoras que se entretuvieran en soñolientas pláticas, llenas de discreción y de donaire, es verdad, y en intachable forma, también es cierto; pero lejos, muy lejos de la naturaleza y de la sublimidad.

Y no escucharíamos esos cantos tirtéicos llenos de ardor guerrero y respirando patriotismo, ni esos cantos de amor apasionados, ardientísimos, con la ternura impaciente de los corazones vírgenes, con los celos sombríos de los hombres del desierto, con el habla de fuego de los hijos del trópico. Comparad: no tenéis más que comparar una trova de amor de un poeta europeo con un canto de un poeta de la América del Sur, y en la primera notaréis la afección del sentimiento ó la frialdad del hastío, ó el vil ardor de la organización gastada; y en el segundo sentiréis desde luego la naturaleza con su voz per-

suasiva, la pasión con sus ardientes suspiros, ó bien el dolor con energía salvaje, ó la melancolía con su sombra inmensa como las pampas.

No: cada país debe tener su poesía original. Garcilaso, Villegas y todos los españoles, están bien en España. Los franceses deben servir de modelos en Francia. Apenas los alemanes pueden asemejarse algo á los americanos del Sur. ¿Por qué? Por su amor á la naturaleza, al realismo. Los poetas alemanes también traducen en su lira los acentos de la naturaleza. Hé ahí su mérito. En cuanto á los poetas griegos, deben admitirse en primer lugar: son los modelos eternos, porque su realismo puro les da el derecho de primacía.

¿Por qué, pues, en Méjico no se fundó esta escuela nacional que nos habría hecho presentarnos en el concurso poético de las naciones con nuestra riqueza propia?

Preguntádselo á los preceptistas. Ellos haciendo un gesto de *dómine* irritado, proscribieron los neologismos, indispensables en cada literatura que se forma, y particularmente en la poesía: ellos en vez de abrir ante los jóvenes bardos mejicanos el gran libro de su rica naturaleza, les hicieron estudiar los preceptos escolásticos, ó bien modelos que por encerrar precisamente grandes bellezas de forma, debían pervertir su

sentimiento estético, haciéndolos adquirir la creencia de que la corrección del estilo era lo principal; cuando la forma como la idea, deben ser el reflejo exacto de la naturaleza. Los poetas eróticos estudiaron á Petrarca, los dramáticos á Lope de Vega y Calderón, ó á Alejandro Dumas y Bouchardy. La Grecia fué despreciada, á pesar del consejo de Horacio, en provecho de la literatura española y de la francesa. La naturaleza quedó proscrita.

Y por eso Rodríguez Galvan que tenía una imaginación privilegiada y arranques dignos de Shakespeare, encerró su talento en la forma de las comedias de D. Pedro Calderón, y *El privado del virrey*, y *Muñoz*, se resentieron de la estrechez de esa camisa de fuerza.

Y por eso Fernando Calderón, siguiendo servilmente la escuela romántica dominante entonces, ni siquiera utilizó la historia nacional, fecunda en asuntos trágicos, sino que escribió dramas llorones por el estilo de los que hacían humilde escolta á las grandes obras del romanticismo francés, á *Angelo*, á *Lucrecia* y á *Catalina Howard*, á *Antony* y á *Ricardo Darlington*. Los dramas de Calderón] produjeron, además, el efecto de hacer contraer á nuestro público, novelero é insustancial, una monomanía caballescá y enfermiza que tocaba en la ridiculez.

En cuanto á nuestros poetas líricos, casi todos hicieron sus pruebas en el género religioso; y dando la espalda á la bellísima y fecunda naturaleza de Méjico, á su cielo sin igual, á sus montañas, á sus flores, á sus lagos, á sus ríos, á sus mares, y á sus vírgenes, y á sus guerreros, y á sus epopeyas, procuraron adivinar con la imaginación los paisajes de Judea, de Sodomá y de Egipto, y se pusieron á describirlos con piadoso afán; de manera que el pueblo conocía de oídas, lo mismo que los poetas, las orillas del Tiberiades y los montes de Salem, y no conocía nuestros deliciosos paisajes y nuestras bellezas inmensas.

Apenas un pequeñísimo grupo de hombres supo consagrar su lira á las grandezas de la libertad y de la Patria, como Quintana Roo, como Prieto y como Ramírez, y como Casimiro Collado, que nos pertenece más bien que á España, y que rival de Bello en la entonación de sus odas americanas, ha sabido unir en feliz consorcio la forma clásica con la inspiración libre y el vigor de colorido.

Pero antes de éstos, sólo el P. Rafael Landívar, jesuita guatemalteco, en su poema latino "*De rusticatio mexicana*," publicado en Italia, había procurado dar á conocer las hermosas formas de nuestro país.

Pues bien; esta manía va desterrándose ya, pero todavía ejerce algún imperio en la juventud. Al poeta español ha sucedido el poeta francés en la admiración del joven, que con asomarse á la ventana y pasear su mirada en el espectáculo de la naturaleza, tendría un cuadro, y consultando su propio corazón, tendría un asunto.

Para concluir este bosquejo, rogaré á la juventud que medite estas palabras del gran poeta Schiller, en su profundo estudio sobre la *Poesía sentimental*.

"*Hoy la naturaleza, dice, es la sola llama en que se nutre el genio poético, es de ella sola de quien deriva toda su fuerza, es ella sola á quien habla aun en el hombre facticio y en el seno de la civilización,*"

III

POESIA EPICA.

Una de las circunstancias que han contribuido en gran parte á dar originalidad á la poesía americana, ha sido la de haberse inspirado en la musa del patriotismo y de la libertad. Para los bardos de aquellas repúblicas, la Patria es la primer querida, la Libertad el primer culto. Apenas han sentido arder en su alma la inspiración,